

Antonio Nariño, tipógrafo

Escribe: TARCISIO HIGUERA B.

(Un capítulo del libro en prensa *La imprenta en Colombia*).

No fue solo el Precursor insigne de nuestra emancipación sino también el primer colombiano que se preocupó por el arte de Gutenberg, que lo practicó, lo dignificó, lo difundió y se valió de él para prestar servicios extraordinarios a su patria.

Desde los bancos escolares se nos enseñó a admirar en Nariño su patriotismo, sus eximias dotes de estadista y de militar, las penalidades que afrontó siempre en servicio de la patria y de la libertad. Fuera de todos estos méritos, monseñor Rafael María Carrasquilla, maestro eminentísimo, escribió, primero en el "Papel Periódico Ilustrado", en 1881, 58 años después de la muerte del patricio, y posteriormente en documentos memorables que fueron todos los de su pluma, estudios tan bien hilvanados y elocuentes que constituyen el juicio más imparcial y justiciero que se conozca hasta hoy sobre Nariño. Sobre todo leyendo el de 1881, cuando aun estaban frescas las noticias de los hechos y realizaciones del Precursor, no se puede dudar de la imparcialidad del señor Carrasquilla, ya que él supo combatir el mal y defender el honor, la virtud y el patriotismo, en forma valerosa, denodada y brillante, como era apenas lo natural en tan excelso ministro del altar.

Pero, a nosotros solo toca hablar de Nariño tipógrafo, y esa es una de las facetas más interesantes de su existencia fecunda. Nariño fue dueño de "La Patriótica", segunda imprenta fundada en Santafé por aquella época, y en esa gloriosa empresa que siempre hizo honor al nombre que le diera su dueño, se imprimió

el libelo más glorioso de los que consiguieron despertar la conciencia colectiva de la América India. Ciertamente la primera edición de los *Derechos del hombre y del ciudadano*, la clandestina de 1793, de la cual se hicieron solo 100 ejemplares cuyas señales eran "hallarse en un papel grande, grueso y prieto en cuarto, y con mucha margen; todo en letra bastardilla y de tres clases, de mayor a menor, siendo la más pequeña la de una nota o especie de adición con que finaliza la cuarta y última hoja"; ciertamente repetimos, la edición, fue muy limitada; pero en esas hojas burdas, gruesas y prietas, estaban contenidas las cláusulas de una filosofía desconocida para el pueblo pero que en vez de tipos grandes, imperfectos y toscos, simulaban un reguero de flamígeros fanales en la atmósfera de la Nueva Granada en cuyas llamas encendieron todos los espíritus con la incontenible y huracanada fuerza del derecho.

Las manos firmes del tipógrafo más insigne de nuestros fastos, debieron temblar de emoción cuando pasaban febrilmente las letras de la caja al componedor, como si fueran arrancando a las entrañas de la tierra las gemas y el oro que habrían de asegurar la libertad de la patria martirizada. Y luego cuando los goznes enmohecidos de la prensa hechiza chirriaban al impulso muscular de don Diego Espinosa de los Monteros, Nariño debió adivinar el estertor de los opresores ante la decisión inquebrantable de los amantes de la libertad.

Fueron 100 los ejemplares de la *Declaración* que el mismo Nariño hubo de destruir; pero como antes la había conocido un grupo selecto de sus amigos, éstos se encargaron de trasmitirla y propagarla para enardecer el sentimiento y la mentalidad de los granadinos.

Posteriormente, en 1813 Nariño publicó, en la Imprenta del Estado, bajo la dirección de don José María Ríos, una segunda edición de los *Derechos del hombre y del ciudadano*, con varias máximas republicanas y un discurso preliminar dirigido a los americanos continentales.

De que don Antonio Nariño fue también tipógrafo no queda la menor duda. Cuando él llegaba a su taller de seguro que sentía algo de la atracción y del respeto profundo de Moisés ante las Tablas de la Ley, entre el fragor de los rayos amenazantes del Sinaí.

Al referirse a Nariño impresor, dicen Eduardo Posada y Pedro M. Ibáñez: “¡Cuán curiosa es esa lista de los libros de Nariño! Ella sola dice la riqueza de su biblioteca y los gustos del gran hombre. Allí están las mejores obras de su época; los clásicos latinos, españoles y franceses; los historiadores, los filósofos y los teólogos; las recopilaciones de leyes, los expositores de derecho, los tratados de medicina. Entre los muebles llama la atención una máquina eléctrica. Nariño parecía imitar a Franklin: con cariño guardaba su retrato, *era impresor, como él*, y al mismo tiempo que trabajaba por la independencia de la patria, estudiaba en su laboratorio las leyes de la física. Quizás aspiraba a que de él se dijese también: *arrancó el rayo a los cielos y el cetro a los tiranos*”.

Y más adelante agregan:

.....

“Dormían tranquilamente en Santafé, Virrey y oidores en 1797, creyendo a Nariño en Galeras. Pero el león no estaba enjaulado, sino al lado de sus lechos, en la propia Santafé. Pensaron, probablemente, que eran presa de horrenda pesadilla, aquella mañana del mes de junio, en que se les reveló que ahí tenían al ogro pavoroso. Y cuán peligroso aparecía ahora: *ya no era tan solo un tipógrafo* que hacía de su prensa un ariete para golpear las fortalezas del pasado; venía en este año como amigo de Pitt y de Tallien, según referían, con mucho dinero, y era agente de grandes potencias. ¡Ahora resultaba formidable catapultilla!”.

Por su parte Raimundo Rivas, en su libro *El andante caballero de Antonio Nariño*, habla así de los momentos gutenberinos del héroe tipógrafo:

“Es un sábado por la tarde. Nariño ha terminado la traducción de los *Derechos del hombre y del ciudadano*, y se presenta con el manuscrito en la imprenta. Lo entrega a Espinosa, le ordena venir al día siguiente para un trabajo de urgencia y envía a un muchacho indígena, con el dinero necesario, a fin de adquirir el papel, grande, grueso y prieto que se requiere para la edición que proyecta y debe alcanzar a unos quinientos ejemplares.

“El domingo, a las ocho de la mañana, concurren puntuales a la cita don Antonio, don Diego y el indígena. Están solos, la puerta se cierra tras ellos, y luego podrán alegar que como es de golpe quedó asegurada por dentro sin malicia por parte suya. La plazuela de San Carlos está solitaria, y solo interrumpen el silencio los pasos precipitados de algún devoto que se dirige presuroso a la misa en el templo cercano, al otro lado de la calle. Disipa Nariño los últimos escrúpulos de Espinosa, argumentándole que él asume toda la responsabilidad, y que en ningún caso don Diego puede ser acusado, puesto que no hace sino obedecer a su superior, sin contar con que como dueño de “La Patriótica” no necesita de autorización especial, en ese caso, para imprimir, puesto que se trata de un simple pliego en cuarto. En seguida se despojan de la engolada levita *los hidalgos impresores*; escogen los tipos, que han de ser de tres clases, de mayor a menor, dos para la composición del texto, y una para la nota en que el traductor, al finalizar la cuarta y última página, aplaude tales doctrinas, y dejan a cada una ancho y elegante margen. Luego, en la máquina de primitivo modelo, empieza el lento tiraje de los ejemplares. Entre golpe y golpe de la prensa suenan a lo lejos, amortiguadas por la distancia, las notas del órgano de la extinguida Compañía de Jesús que acompaña los oficios divinos.

“Cuando las campanas de las iglesias vecinas tocan el Angelus del medio día, los *tipógrafos secretos* dan por terminada la tarea. La edición alcanza apenas a un centenar de ejemplares, pero están fatigados, y Nariño piensa que ellos pueden ser suficientes para los fines inmediatos, y que sobrará tiempo, si fuere preciso, para continuar el trabajo al otro día o más tarde. Recomienda de nuevo al oficial Espinosa que guarde un estricto silencio, se emboza en su amplia capa, debajo de la cual esconde los folletos, y con paso alerta y desembarazado, como de quien no tiene preocupaciones sobre la conciencia, atraviesa la plazuela, y por el atrio de la catedral y las calles reales se dirige a su morada. Si en ese trayecto tropieza con algún contertulio le enseña alborozado el impreso, en íntima complicidad, y para poder sostener, si fuere el caso, que ha sido el deseo de ganar unos pocos pesos lo que lo ha movido a editarlo, vende un ejemplar. Don Antonio está contento, cree que ha tomado todas las precauciones indispensables para que el hecho no llegue a conocimiento de los funcionarios reales que pueden encausarlo, y que cuando ellos se enteren, ya la revolución habrá estallado y nada podrá

intentarse contra sus iniciadores. Se equivoca, empero. Ha terminado la primera época de su apostolado emancipador, y en breve comenzará el turno del prisionero. Cuando supone que ha llegado ya a las lindes en donde se oyen cercanos los clarines triunfales, debe preparar la frente, que cobija vastos y audaces pensamientos, para recibir la corona del mártir, cuyas espinas han de lacerarlo en el curso de toda la existencia”.

Germán Arciniegas, uno de nuestros mejores escritores, se expresa así de Nariño:

“el valeroso bogotano saca las hojas que habrían de ocasionarle la cárcel y el destierro, las hace conocer entre un círculo de amigos y luego las recoge. Han bastado unas pocas para que la noticia de los *Derechos* llegue a los rincones más apartados de Nueva Granada. Y así como quien destapa una cédula secreta, Nariño ilumina gutenberguianamente a su tierra, inicia la epopeya de la liberación... cuatrocientos años antes, Gutenberg liberaba la Biblia, contenida en el amor de los copistas”.

Claro está que la principal profesión de don Antonio no fue la de tipógrafo, porque sus actividades fueron múltiples como múltiples fueron los requerimientos de su pueblo que lo señalaba por guía y mentor y porque él actuó siempre en concordancia con las urgencias del momento, pero desde “La Bagatela”, pasando por los campos de batalla, en donde no le faltaba su imprenta portátil, que, como un ariete, clamaba contra la tiranía, hasta los días más gloriosos y tranquilos de su carrera, Nariño, como Franklin, fue un tipógrafo de corazón y no es una hipérbole decir que sus principales victorias —las victorias de su inteligencia— las obtuvo enarbolando con energía y decisión el pendón de Gutenberg”.

Dice Posada, nuestro historiador tipógrafo, lo siguiente sobre la imprenta portátil del Precursor:

“Anotaremos además que Nariño llevó en 1813 una imprenta para su campaña. En el diario de J. M. Caballero dice: “Ramón Rico, muchacho muy vivo, de oficio impresor, lo llevó el general Nariño con la imprenta a la expedición del Sur” (1). Menciona también esta imprenta el señor Otero en su escrito *La lanza de don Baltasar*.

(1) *La Patria Boba*, pág. 223.

“Parece, agrega, que el ilustre santaferense, consecuente con sus oficios de escritor, llevaba con el ejército una imprenta, que debía servirle para la publicación de sus proclamas, canciones patrióticas, boletines, y otros papeles oficiales, y que Pereira aprovechara esta circunstancia para editar en aquellas prensas sus manuscritos. Por lo menos Laverde Amaya en su *Bibliografía colombiana* cuenta que la edición se hizo en la imprenta portátil de Nariño” (2).

Parece que al levantar este estudio el cajista cometió un error manifiesto y éste pasó inadvertido al corrector, pues no se deduce a qué Pereira ni a qué manuscrito se refiere; pero cotejando este artículo con la *Bibliografía colombiana* de Laverde Amaya, citada por Posada, encontramos la clave, hela aquí:

“Orador político, fue don Francisco José Pereira que figuró en tiempos de la revolución en 1810. Escribió la curiosa *Novena de la lanza*, la que hizo publicar el general Nariño en la imprenta portátil del gobierno en 1815”.

Como se ve, según Laverde Amaya, la imprenta portátil de Nariño pertenecía al gobierno, lo que no tendría nada de particular, pues como se recordará Nariño fue aclamado popularmente como Presidente de Cundinamarca, cargo que sirvió desde 1812 hasta 1813, cuando salió para la campaña del sur.

Recuérdese, además, que en 1820 y en la ciudad de Acha-guas, el Libertador designó a Nariño Vicepresidente de Colombia, y éste, en su condición de tal, instaló el Congreso de Cúcuta en 1821. En ese Congreso trascendental tuvo gran ingerencia la imprenta dirigida por don Bruno Espinosa de los Monteros. Es seguro que Nariño fue de los que más insistieron en la necesidad de transportar la famosa imprenta a Cúcuta.

Pero hay algo más para destacar las actividades de Nariño en el campo tipográfico y es esta famosa proclama, dirigida por él a los habitantes de Tunja, que reproducimos de su impreso original:

(2) Archivo Historial de Manizales, julio 1921.

EL CIUDADANO ANTONIO NARIÑO PRESIDENTE DEL ESTADO DE CUNDINAMARCA, A LOS HABITANTES DE LA PROVINCIA DE TUNJA

“Ciudadanos: las tropas del Estado destinadas á arrojar de la Nueva Granada a los enemigos de nuestra libertad, se ven precisadas á remover antes los obstáculos que se oponen á sus marchas. En vuestro territorio se hallan los autores de los males que os amenazan ya de cerca con una guerra sangrienta: las armas de Cundinamarca vienen á arrojarlos de vuestro seno, y á establecer en vuestras familias la paz y el sosiego que gozan las suyas á la sombra de un Gobierno que sus enemigos llaman tiránico. No os alarmeis con la proximidad de las tropas: la moderación, la prudencia, y algunos sacrificios inevitables, os pondrán a cubierto del azote de la guerra, y podreis permanecer tranquilos en vuestras labores y ocupaciones domésticas.

Pero si por el contrario, obstinados quisierais tomar parte en las hostilidades contra los soldados de Cundinamarca, imputaos á vosotros mismos los males que os sobrevengan: sereis tratados como verdaderos enemigos: vuestros bienes y vuestras personas pagarán vuestra temeridad.

Ministros del Santuario: yo os conjuro en el nombre de Dios de la paz: ved como os portais: la sangre que se va á derramar caerá sobre vuestras Cabezas, si separandoos del espíritu del Evangelio no exortais á vuestros feligreses á la fraternidad y union que debe estrechar por todos títulos á los moradores de Tunja con los habitantes de Cundinamarca.

Contemplad por un momento los males en que se van á ver envueltos esos Pueblos por sostener un capricho infundado; y advertid si vuestro santo Ministerio debe emplearse en encender el fuego de la discordia, que os conducirá á todos al llanto y á la desolación.—Campo de las Ovejeras 30 de Noviembre de 1812”.

Antonio Nariño.

EN LAS OVEJERAS, EN LA IMPRENTA DEL EJERCITO
N. POR EL C. FRANCISCO DE PAULA CASTELLANOS

El Andante Caballero don Antonio Nariño, héroe, estadista, periodista, militar, hombre de acción como pocos, dio lustre a su patria y por ella sufrió graves reveses en defensa de sus

derechos y su libertad. Pero fue también, y en alto grado, un tipógrafo de perfiles consagratorios que legó a la posteridad una tosca hoja de dimensiones desacostumbradas o inusitadas, como correspondía a su privilegiada mente y a su visión precursora, e impresa por sus manos de artífice que lo mismo aren- gaban a las multitudes delirantes, que manejaban el compo- nedor e impulsaban con decisión la pesada palanca de la prensa gu- tenberina!